

“ga á pensar! “; Porqué inquietáis el sosiego de mi sepulcro, le diría, como Samuel á Saul, y me obligáis á salir de mi retiro para venir á este lugar! *¿Quare inquietasti mihi, ut suscitarer?*<sup>1</sup> Ya no es tiempo de recurrir al Señor: ¿de qué sirve el consultarme, cuando ya os ha abandonado! *¿Quid interrogas me, cum Dominus recesserit à te?*<sup>2</sup> Moriréis, y la justicia de Dios cumplirá en vos lo que tantas veces os habíamos anunciado de su parte.” *Faciet enim tibi Dominus sicut locutus est in manu mea.*<sup>3</sup>

“Esto es lo que entónces piensa el ministro del Señor: os exhorta á que no desesperéis; pero no porque él forme mucha esperanza: os habla de las misericordias del Señor; pero adora interiormente los terribles decretos de su justicia para con vosotros: os pone delante al Divino Salvador espirando en la Cruz; pero no se atreve á decirnos que aquella Cruz no es para vosotros trono de gloria, sino un tribunal severo desde donde ha de pronunciarse vuestra sentencia: os disminuye con santos artificios de caridad el horror de vuestras culpas, para que no desesperéis; pero sabe muy bien que el Señor tiene su peso y medida, y que no está en mano del hombre el alterarlos. Os repetirá muchas veces, para aseguraros contra una vida llena de desórdenes, que la gracia no necesita mas que un momento para salvar al pecador, y que un solo movimiento de verdadero dolor equivale á muchos años de virtud, y puede consumir la santificación; pero no ignora que este movimiento es uno de aquellos prodigios singulares de la gracia, con los cuales es cosa terrible tener que contar para la salvacion; y que el comun y casi infalible efecto de una vida pecadora es la muerte en el pecado.”

1 Ibid.

2 V 16.

3 V 17.

## EPILOGO.

Para concluir esta serie de verdades, el orador llama de nuevo la atencion de sus oyentes hácia la terrible sentencia que le sirve de texto: *queretis me et in peccato vestro morimini*. Hace una reflexion muy triste; supone que tengan tiempo para volverse á Dios, que cuenten al fin de su vida con una razon expedita, que le busquen efectivamente y le ofrezcan lágrimas de dolor y de arrepentimiento; y sin embargo, añade: “¿qué es lo que Jesucristo os permite esperar de vuestras diligencias y lágrimas, si las dilatáis hasta entónces?” *Me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado.*

Aquí es donde repasa ligera pero enérgicamente el orador sus mas notables reflexiones, para trasmitir á sus oyentes el sentimiento profundo de una duda que sucede á los clamores últimos del culpable que, ya desesperado de la vida y agitado de inexplicables temores, intenta ablandar á su Juez. No trasladaremos aquí á la letra esta peroracion; porque aunque muy buena en sí misma, no puede reputarse superior á la parte confirmativa, ni es tampoco una de las que mas sorprenden en los discursos de este insigne orador. Limitándonos pues á lo expuesto acerca de los trozos particulares que se han ido leyendo, concluirémos esta ligerísima reseña con algunas observaciones generales respecto de todo el *Sermon de la Impenitencia Final*.

Si la elocuencia consiste en apoderarse fuertemente del corazon, despues de haber rendido al entendimiento, ningun discurso reúne mayores títulos, para llamarse elocuente, que el de la Impenitencia final. Dificil sobre manera parece dar una demostracion tan evidente de esta verdad tan terrible, pues que lo imposible é inútil de la penitencia en el lecho de la muerte está fundado aquí en un género de pruebas que no podria nunca desvirtuar toda la sutileza de los filósofos. El orador aplica un texto de la Santa Escritura, pero despues de haber convencido la razon con argumentos puramente naturales que con tal abundancia le suministran el orden metafísico, el orden físico y el orden moral. Es



necesario no tener criterio ninguno sobre las esencias de las cosas, para persuadirse de que un instante bastará para destruir el hábito, que no sin causa se ha llamado segunda naturaleza: es preciso ignorar del todo las leyes naturales, para creer expeditas las funciones del alma, á tiempo que los mas crueles dolores, los dolores de la muerte atormentan nuestros órganos: en fin, es indispensable desconocer el verdadero carácter de las pasiones, para esperar con firmeza el obtener sin preparacion, sin continua lucha y en un solo momento el triunfo mas completo sobre todas. ¡Y no se requiere igualmente privar á Dios del soberano atributo de su justicia, para creer que colmará la medida de sus gracias, á tiempo que el pecador, despues de haber hecho rebosar la de sus delitos y cuando ya no puede cometerlos, se vuelve á él, y no mas que por un principio de terror y de espanto!

Este orden de ratiocinios tan fiel y estrechamente concatenados dan á la lógica del orador un poder incontrastable; pero mayor todavía cuando apenas acertamos á distinguir en ellos las líneas que separan lo especulativo de lo práctico, las pruebas de los movimientos, la dialéctica de las imágenes, y para decirlo de una vez, el convencimiento de la persuasion: ¡tan admirable así es la destreza con que se sirve de todas las inspiraciones del genio y de todos los recursos del arte! ¡Qué uso tan feliz de las figuras mas valientes! Esa interrogacion con que á cada paso nos postra; ese dialogismo con que no nos permite ni un instante de reposo; esas conversiones reiteradas á Dios que tanto confunden la conciencia; esa amplificacion oratoria que descubre un talento verdaderamente grande para profundizarlo todo; esos caracteres morales donde vemos con sorpresa nuestro propio retrato, y donde reconocemos con rubor que ya no somos los depositarios únicos de nuestros mas profundos y vergonzosos secretos: en fin, ese empleo de la Santa Escritura, que á cada paso viene á perturbar la falsa quietud de nuestro corazon, discernimiento feliz que anuncia una sabiduría profunda y prepara una victoria completa contra los vicios: todo este conjunto, repetimos, nos hace ver el sermón de la Impenitencia final como uno de los mas distinguidos ejemplos de la oratoria, y á su esclarecido autor como un genio admirable que, si tiene igual, acaso no tiene superior. No nos olvidamos de que se han encontrado en Massillon algunos defectos en que no incurre Bourdaloue; y que en esta misma pieza pudieran censurarse ciertos descuidos, como la especie de prolijidad en que á veces cae, tal cual pasaje en que suele repetirse, y algunas exhortaciones mui comunes;

pero estos mas bien realzan que oscurecen el brillo del orador, porque, deben tenerse como felices negligencias que hacen desaparecer hasta la última sospecha de refinamiento y estudio. Concédase pues en buena hora á su glorioso rival el mérito de un ratiocinio insuperable; pero quédese al obispo de Clermont el derecho de renmir todos los homenajes, cuando se trata de aquella mocion dulce y fuerte al mismo tiempo, tan propia para rendir y sojuzgar hasta el corazon ménos accesible á los trasportes de la virtud. *La mayor gloria de Bourdaloue, dice d'Alembert, consiste sin duda en que aun sea disputada la preeminencia de Massillon.*<sup>1</sup>

1 Elogio de Jean-Baptiste Massillon.

